



Antony Beevor, ayer en Madrid

OSCAR DEL POZO

«Los políticos toman lecciones equivocadas de la Historia»

Antony Beevor Historiador

► El británico presenta su libro más ambicioso, «La Segunda Guerra Mundial», mil doscientas páginas en las terribles trincheras del mundo

MANUEL DE LA FUENTE
MADRID

La Historia no se repite, pero los políticos sí, y solo toman de los tiempos pasados las lecciones erróneas. Es una de las conclusiones del historiador Antony Beevor, que presenta su descomunal libro «La Segunda Guerra Mundial» (Ed. Pasado y Presente), ese territorio terrorífico en el que ya se ha adentrado en títulos como «Stalingrado», con los que ha conseguido convertir el género histórico y bélico en un best seller. El presente tampoco parece un plato de gusto, y Beevor cree que los gobiernos mienten como lo hicieron el inglés y el francés ante el avance de los nazis. Piensa que la Unión Europea no funciona ejemplarmente, no le gustan las comparaciones históricas («Hitler y Sadam Hussein no son lo mismo»), y finalmente ratifica que intentar reconstruir la historia es «un ajedrez demencial». Pasemos al tablero, ese mismo en el que, entre otros desgarramientos, sabemos de la práctica del canibalismo por parte de los japoneses.

—Parece como si en la Segunda Guerra Mundial se hubiese desatado un tsunami de odio y violencia imparable, una tempestad del mal.

—Sin duda, y creo que la II Guerra Mundial nos fascina aún más que otras guerras porque en ella la gente se vio enfrentada, se vio obligada, a realizar una elección moral. Millones de individuos tuvieron que elegir entre el bien y el mal.

—¿Qué podemos aprender de lo que pasó entonces?

—(Sonrisa británicamente irónica?) Lo primero que ya deberíamos haber aprendido es el enorme peligro que supone hacer paralelismos históricos. Decía Bismarck que «lo único que aprendemos de la Historia es que nadie aprende de ella». Y entonces y ahora creo firmemente que los políticos siempre toman lecciones equivocadas de la Historia. Hay casos recientes, como el de Bush comparando el 11-S con Pearl Harbor, o decir que Sadam Hussein era un nuevo Hitler. Estos paralelismos son falsos, absurdos.

—Usted, además de historiador, es militar. ¿Cómo se portaron sus colegas? ¿Hubo alguno semejante a Alejandro Magno, digamos, o todo fue un devastador despropósito?

—Creo que mucho más importante que las batallas es estudiar la mentalidad de la gente. Los soldados no son máquinas frías de guerra, máquinas de morir y matar, sino personas sometidas

Grossman, un ejemplo a seguir

Para Antony Beevor, hay un nombre decisivo en su manera de entender cómo escribir historia: el escritor ruso Vasili Grossman «empleado» en el Ejército Rojo durante cuatro años. Grossman escribía la Historia después de verla palpar a su lado, mientras los hombres morían en sus hombros, y la sangre se mezclaba con la tinta. «Entre otras cosas —explica Beevor—, Grossman pasó mucho más tiempo que nadie en el frente, junto a los soldados, como uno más. Además, creo que actuó con extraordinaria honestidad intelectual, algo que bajo el estalinismo era muy difícil y peligroso. Consiguió una complicada unión entre el coraje físico y la rebeldía moral. Los soldados le querían y confiaban en él, sabían que él contaría la verdad y que ellos podrían leerla en el «Estrella Roja». Por supuesto, en el frente había otros periodistas, pero simplemente eran esbirros de Stalin, sus propagandistas».



¿España en el objetivo?
«Los Aliados nunca pensaron invadir España, pero las islas Canarias sí se consideraron un objetivo»

das a procesos mentales muy complejos. Para un historiador, lo trascendental es ponerse en la piel, en las tripas y el corazón de los que combatían. Para mí, eso es lo esencial, no ponerse años después de todo a analizar y juzgar lo que había pasado.

—Muchos dicen que la Guerra Civil española fue un episodio preliminar de la Segunda Guerra Mundial.

—Me parece perfecto, que cada cual pueda tener una opinión, es un debate para disfrutar. Y sinceramente creo que no hay una única respuesta. Cada país tiene su propia opinión sobre esos años terribles. Tal vez, la guerra española fue una más de las muchas que empezaron a partir de la Revolución Rusa, una contienda más dentro de una gran Guerra Civil Internacional.

—En la costa del sur de España todavía se conservan muchos búnkeres que se construyeron ante una posible invasión.

—No, los Aliados nunca pensaron invadir España, aunque si pensaban que los alemanes podían instalarse en ella. Pero si se pensó más seriamente en invadir las islas Canarias, una idea con la que se intentaba disuadir de que Gibraltar fuera atacado.

—Quizá sea mejor que dejemos de bromear con la Historia, ese juguete tan peligroso.

—Desde luego, no se puede hacer historia sobre lo que no ha sucedido. Que si hubiera ganado la República, que si la guerra del desierto... eso es un ajedrez demencial, y como historiador especular de esa manera es algo que me horroriza.

—Tras una carnicería como la Segunda Guerra Mundial, con dosis de violencia jamás conocidas por el género humano, ¿se puede hablar de vencedores o todos fueron vencidos?

—Creo que hablar de ganadores en un sentido rotundo es difícil. Por supuesto, para los americanos ganó la democracia, claro. Pero para ello hubo que sacrificar el este de Europa y dejarlo en manos de Stalin para que se mantuviera algo parecido a la palabra. ¿Triunfo de la democracia? No sé.

—Sus libros suponen un gran esfuerzo intelectual. Pero ¿el historiador también se desgasta emocional y animadamente ante hechos tan crueles? —«Stalingrado» y «Berlín. La caída. 1945» me costaron bastante sufrimiento. A propósito de «Stalingrado», durante mucho tiempo no pude mirar con tranquilidad un plato de comida, me era imposible. Me sumergí completamente en el sufrimiento. Este no ha sido igual, pero saber lo del canibalismo japonés me produjo un auténtico shock emocional.